

CAPÍTULO VI

En la naturaleza viva que nos rodea hay, desde la planta hasta el hombre, una escala continua de perfeccionamientos graduales. Partiendo de las algas y los musgos, que representan el estado rudimentario de la organización vegetal, y pasando por toda la serie de perfeccionamientos del reino vegetal, llega á los animales inferiores, á los zoófitos y á los moluscos. Elevándose desde éstos á los animales superiores por gradaciones insensibles, alcanza así hasta el hombre. Todos los grados de esta escala ascendente son casi imperceptibles, estando muy bien dispuestas las transiciones y matices; de suerte que hay una cadena verdaderamente infinita de seres intermediarios desde el alga hasta nosotros. ¡Y queremos que entre el hombre y Dios no haya ningún ser intermediario! ¡que esta escala de progreso continuo deje un vacío inmenso entre el hombre y el Creador! ¡Pretendríamos que la Naturaleza toda estuviera dispuesta, desde el vegetal hasta el hombre, por gradaciones sucesivas y numerosísimas y que entre el hombre y Dios existiera un inconmensurable vacío! Evi-

dentemente esto es imposible, y solamente por ignorancia de los fenómenos naturales han cometido ese gran error las religiones y la filosofía. Es lógico, necesario, que desde el hombre hasta Dios, como desde la planta al animal y del animal al hombre, haya un gran número de creaciones intermedias que establezcan la transición desde la humanidad á la Divinidad que la domina con su omnipotencia y majestad infinitas.

Estos seres intermediarios existen, estamos seguros de ello; son invisibles para nosotros; pero si no admitimos más que la existencia de lo que vemos, estamos expuestos á grandes contrariedades.

Si un naturalista presenta á un ignorante una gota de agua y le dice: «Esta gota de agua, en la que nada ves, está llena de animalillos y plantas en miniatura que viven, nacen y mueren como los animales y las plantas que pueblan nuestros campos», el ignorante se echará á reír y tendrá por un loco á su interlocutor. Pero si aplica su ojo al cristal de aumento de un microscopio y examina el contenido de esta gota de agua, reconocerá que el sabio tenía razón; porque en esta gota de agua, donde antes no veía nada, su ojo, convenientemente secundado por la ciencia, descubrirá todo un mundo. Pueden, pues, existir seres vivos y en grandísimo número allí donde nada se ve, y la ciencia puede, en este sentido, abrir los ojos al vulgo.

Entre el hombre y Dios, la multitud ignorante y una filosofía ciega no ven nada; pero si reemplazamos los ojos del cuerpo por los del espíritu, es decir, si hacemos uso del razonamiento, de la analogía y de la inducción, aparecerán esos seres misteriosos.

Al estudiar al ser sobrehumano, hemos descrito ya una de estas creaciones intermediarias entre el hombre y la Divinidad y reconocido la existencia de uno de esos jalones colocados por la Naturaleza en el camino de los espacios infinitos.

Esta escala no puede detenerse en este primer ser, y estamos convencidos de que las jerarquías vivientes continúan, muy numerosas, antes de llegar al trono radiante del Eterno. Hemos dicho que el ser sobrehumano es mortal. Veamos ahora qué le sucede después de su muerte.

Creemos que el ser sobrehumano, muriendo al cabo de un tiempo cuya duración no sabríamos fijar, su alma, perfeccionada por el ejercicio de las nuevas facultades que ha recibido y por los sentidos nuevos con que ha sido dotada, entra en otro cuerpo nuevo, provisto de sentidos más numerosos, más exquisitos, armado de facultades todavía más potentes, y empieza de este modo una nueva existencia.

Á este ser, que en los espacios etéreos sucede al ser sobrehumano, podríamos llamarle *archihumano*.

El momento del tránsito de una vida á otra

debe estar rodeado, como el momento de nuestra muerte sobre la tierra, de dolores físicos y morales. Estos instantes supremos, cuando se opera la metamorfosis en el ser sensible, son crisis de angustias y de tormentos.

No trataremos de penetrar el secreto de la organización del nuevo ser cuya existencia admitimos, y que es superior en jerarquía natural al ser sobrehumano, porque nos faltarían los medios de investigación. Hemos podido permitirnos aventurar algunas hipótesis acerca del cuerpo, el alma y la vida del ser sobrehumano, porque para ello teníamos un término de comparación y de inducción: la especie humana. Pero para el ser archihumano, nos falta todo medio de inducción, porque el mismo ser sobrehumano se nos presenta á través de conjeturas y analogías, de las que no debemos abusar. Por lo tanto, nos abstendremos de llevar más lejos este género de investigaciones; dejaremos al lector el cuidado de pensar acerca de la forma del cuerpo, el número y perfección de los sentidos, la extensión de las facultades de la criatura bienaventurada que sigue al ser sobrehumano, y como él, vive en la inmensidad de los espacios etéreos.

Únicamente diremos que, según nuestra creencia, ni en una segunda, ni en una tercera, ni en una cuarta encarnación puede detenerse la cadena de las creaciones sublimes que entrevemos flotando en el infinito de los cielos, y que provienen de

un alma primitivamente humana y sucesivamente dotada en proporción creciente de perfecciones y potencia moral. Nos es imposible, con las solas luces de nuestra razón y nuestros conocimientos, fijar el número de estos seres cada vez más perfeccionados que se suceden unos á otros. Todo lo que podemos decir es que las criaturas sucesivas que componen esta escala de perfecciones deben ser muy numerosas.

Á cada promoción en la jerarquía de la Naturaleza, el ser celeste ve aumentarse sus alas, que para nosotros pueden representar su maravillosa potencia. Sus órganos son cada vez más numerosos, más flexibles, de más alcance. Adquiere nuevos y más perfectos sentidos. Tiene, además, los medios de llevar á todas partes su benéfico imperio, de ejercitar su facultad de amar á la Naturaleza toda; una ternura, una afección cada vez más profundas abrasan su alma y le consuelan en las angustias de la muerte á que está condenado.

De este modo aumenta la dicha de los elegidos. Así es como los seres que habitan los espacios sin límites del mundo invisible emplean su vida en preparar la vida siguiente y asegurarse por el buen ejercicio de su libertad, por la cultura de sus facultades, por la conservación de su moralidad, por su buena conducta, una existencia todavía más noble, más animada, más dichosa, en los nuevos espacios abiertos á sus destinos sublimes.

Pero así como sobre la Tierra todo tiene su fin, todo debe terminar también en las esferas que la rodean. Después de haber recorrido esta larga sucesión de etapas y estaciones en los cielos, los seres que estudiamos deben llegar á un punto final. Este punto, término definitivo de su ciclo inmenso, al través de los espacios, es el Sol.